

EN MEMORIA DE UNA SANGUIJUELA

Después de haber sufrido durante largas semanas, a raíz de su muerte, un constante bombardeo mediático sobre sus dotes y cualidades, no podemos por menos que dedicar unas líneas a esta rancia representante de la clase burguesa.

En un día aciago como pocos se murió doña Cayetana Fitz James Stuart, Duquesa de Alba y muchas cosas más, para más señas, gloria de las Españas más cañis y pintureras, modelo y ejemplo de las más santas virtudes que adornan a la burguesía en general y a la española en particular, infatigable trabajadora desde la cuna a la sepultura, que ha llenado su gloriosa existencia de conocimientos y habilidades totales, como no se veían desde los tiempos de los sabios universales del Renacimiento. Tan pronto honraba con su presencia un festejo taurino donde levantaba las más ardorosas pasiones en el ruedo y el tendido y –faltaría más– nunca faltaba un diestro agradecido que brindaba al desdichado morlaco que le cupiera en suerte, como se nos arrancaba en cualquier sarao de categoría por bulerías, coros y danzas con ese desparpajo y ausencia del sentido del ridículo de nuestras clases dominantes para admiración y agradecimiento del lúmpen más ocioso y parasitario del que son genuino referente. Su inagotable agenda no paraba en procesiones devotas, exposiciones de las más reputadas artes, y muy a menudo exhibiciones de su arrolladora elocuencia ante una audiencia de periodistas y correveidiles, embelesados ante sus exquisitas ventosidades verbales.

Ante tanto talento, tanta sabiduría y arrolladora personalidad, los proletarios del mundo entero y, sobre todo, los del estado español a los que nos cupo la inmensa e inmerecida suerte de compartir solar patrio con doña Cayetana, sólo podemos sentir dicha y felicidad suprema ante la maravillosa inversión de las plusvalías que nos arrancan todos los días, y damos por bien empleados todos nuestros sudores ante este portento. En ella reconocemos la gloria de una estirpe y un linaje que se pierde en la noche de los tiempos de la acumulación originaria de todos los forajidos y bandidos coronados. Toda fortuna tiene su origen en un robo de clase y el de la Casa de Alba se remonta a las célebres mercedes enriqueñas, que no fue otra cosa que el reparto de los despojos y el botín de guerra tras quitar de en medio al rey de Castilla Pedro I, a puñalada limpia, ellos que se precian de fogosos monárquicos de raza. Siglos después, en los más gloriosos momentos de la España Imperial, el Duque de Hierro escribió una de las páginas más célebres del Imperialismo Hispánico al sembrar el pánico por media Europa con sus matanzas y exterminios, una Europa donde todavía las atribuladas madres asustan a sus díscolos retoños con la aparición del duque como el peor de los fantasmas, en una entrañable aportación de nuestras pretéritas clases dominantes a la tradición universal de los ogros y sacamantecas. Como remate a tanta bondad, el padre de la finada fue el correveidile de la junta de carniceros de Burgos y Salamanca ante la entonces todopoderosa burguesía británica en la encomiable –para la burguesía se entiende– y criminal tarea de aplastar al proletariado español. Uno de estos criminales fue el salvaje Queipo de Llano, que llevó a cabo un exterminio bestial de la clase obrera en la misma ciudad que ahora honra a doña Cayetana en su óbito. ¡Esto sí que es raza, sangre y linaje! ¡Qué lección de memoria histórica!

La burguesía del estado español, sobre todo la más rancia y castiza sevillana-madrileña infectada hasta los tuétanos desde hace siglos del más patético de los parasitismos, por tantos servicios prestados nos ha obsequiado con uno de sus espectáculos fúnebres-vodvilesco, como sólo ella es capaz. Nada ha faltado de la Corte de Monipodio que se mueve por estos ambientes: toreros, folclóricos, cantaores, bailaores y demás vividores cuya enumeración agota y, por supuesto, con la santa Madre Iglesia con su habitual borrachera de bendiciones, pompas y liturgias. Y para recalcar el cariño de la Duquesa hacia su “pueblo”, parte de sus cenizas reposarán en una cofradía de gitanos señoritos y domesticados, de los que amenizan y solazan en sus largas noches de tedio a los señores agradecidos. A estos festejos hay que sumar la no menos folclórica crítica de los llamados ambientes alternativos que encuentran en este tipo de personajes caducos la justificación para mantener eternamente abierto el fantasma de una revolución burguesa o de una reforma agraria pendiente, etc.

Una vida ejemplar por cierto la de doña Cayetana. Sobre todo para la clase trabajadora. Su existencia es un furioso desmentido de la creencia que nos inculcan a los trabajadores de que el trabajo duro y honrado se premia y la holganza se castiga. La duquesa nos ha enseñado que una vida de parasitismo, holganza y descarada vagancia no sólo no se castiga, sino que aparte de vivir en la opulencia, es honrada y agasajada como una luminaria de la especie humana en este mundo, el único que como materialistas que somos nos interesa. Pero además la duquesa es un estímulo rabioso para todo proletario: su sola presencia, su sólo recuerdo, junto con la presencia y el recuerdo de todo el estado de cosas que le rodea y que permite e impulsa su existencia, al mismo nivel que la de todos los demás parásitos, convierte en una necesidad apremiante la destrucción revolucionaria, rabiosa a sangre y fuego de un modo de producción, el capitalismo, que agotadas todas sus capacidades progresivas, chapotea en el fango del más descarnado parasitismo y en la total podredumbre soportada por la explotación de millones de proletarios. Su recuerdo debe generar océanos de odio de clase hacia la burguesía y el capitalismo que están pidiendo a gritos un sepulturero que los entierre en el cementerio de la historia humana. Es una necesidad histórica la destrucción de un sistema que sólo es capaz de aportar a la especie humana a sanguijuelas y chupasangres, en definitiva aniquilar algo que sólo engendra y puede engendar crisis, guerras locales y mundiales, además de Cayetanas.

PARA CORRESPONDENCIA

(sin más datos):

Apartado 52076

28080 MADRID – ESPAÑA

www.pcielcomunista.net46.net

pcielcomunista@gmail.com